

LUIS A. SANTAMARÍA

ENTRE BAMBALINAS

UN THRILLER POLICÍACO
DE MISTERIO Y SUSPENSE



Javier Conde despierta en el interior de un bodegón subterráneo empapelado con periódicos que llevan su imagen en primera plana. Está encadenado al suelo y tiene varios huesos rotos. Al escarbar entre sus recuerdos, Conde, popular actor de teatro, descubre que el motivo de su secuestro está relacionado con la obra en la que estaba trabajando: una adaptación de «El fantasma de la ópera». Si quiere salir con vida, Conde tendrá que enfrentarse a sus peores demonios, en un viaje interior en el que contará con una ayuda inesperada. En el centro de Madrid, los inspectores Mónica Lago y Rayco Medina se ponen al frente de la investigación de los misteriosos asesinatos de dos mujeres, sin saber que terminarán atrapados en una complicada red de mentiras y traiciones entre bambalinas.

ENTRE BAMBALINAS

Luis A. Santamaría

Para mi padre. El mejor.

Playlist

Summer Wind, de Frank Sinatra
The Darkest Times, de Mordem
Delilah, de Tom Jones
The Phantom of the Opera, de Andrew Lloyd Webber
Para Elisa, de Ludwig van Beethoven
Go Solo, de Tom Rosenthal
Ruby Don't Take Your Love to Town, de Kenny Rogers
Get Some, de Lykke Li
A San Fernando Un Ratito a Pie y Otro Caminando, de Manolo García
Riverside, de Agnes Obel
Rock and Roll Star, de Loquillo
Demons, de Fatboy Slim y Macy Gray
Penny Taken to the Hospital, de Hildur Gudnadóttir
For Those Below, de Mumford&Sons
Camera's Rolling, de Agnes Obel
Hoppípolla, de Sigur Rós
Thunder Road, de Bruce Springsteen
Broken Sleep, de Agnes Obel

Cuando su pie derecho resbaló sobre la barandilla, el suelo se abrió de golpe, y Javier Conde extendió los brazos por puro instinto, sufriendo en el impacto severas fracturas en los huesos de una mano.

Días después, convertida su vida en un borrón de lo que una vez fue, el actor derramaría lágrimas al recordar aquella noche, la más catastrófica de su existencia. Volverían a sus ojos las ramas del árbol abrazándolo como una inmensa araña.

Unos meses más tarde, sin embargo, esbozaría una sonrisa al preguntarse si aquello ocurrió de verdad, o formaba parte de alguna película vista en su adolescencia.

1

Solo había una cosa peor que la música machacona: el dolor. Lo único que sabía acerca de él era que se originaba en su mano derecha, y se propagaba por todo el cuerpo. ¿Significaba eso que se estaba muriendo? Desde luego no veía ninguna luz; ni siquiera había túnel. Por no haber, no había arriba ni abajo. ¿Estaría ya muerto, con su descanso en paz y todas esas historias? Tampoco tenía respuesta para eso, aunque el simple hecho de planteárselo hacía pensar que todavía no había atravesado ese umbral.

Debe de ser un sueño, pensó. Un sueño terrible. Deseaba despertar y a la vez seguir durmiendo, ya que, quien cree estar viviendo una pesadilla, en realidad está despierto.

Cuando el dolor le concedía una mínima tregua, quedaba a solas con la música. El tema de Sinatra se repetía incesantemente, y aunque sonaba a un volumen alto pero no peligroso para la integridad de sus tímpanos, tenía la sensación de que, si volvía a escuchar la maldita canción una vez más, su cabeza explotaría.

Sonaría cientos, miles de veces más.

Durante un periodo de tiempo que le pareció eterno, el dolor y la música eran las únicas cosas que lo mantenían conectado al mundo de los vivos. Hasta que empezó a sentir frío, y el tormento general pasó a localizarse en puntos de su cuerpo cada vez más concretos: la mano, la clavícula y la mandíbula se llevaban las medallas.

Por primera vez desde que despertó en ese infierno, le sobrevino una imagen que no guardaba relación con su situación: la punta de una aguja flotando en el vacío como un aguijón venenoso en busca de una superficie jugosa. Era una idea que iba y venía de forma recurrente, como si orbitase a su alrededor, perezosa y afilada.

Antes de abrir los ojos recuperó el olfato. Allí dentro (definitivamente dentro, porque hasta el momento no había sentido la más mínima brisa) olía a madera y humedad. Era como estar flotando dentro de un barril en mitad del océano.

Su primer gran reto fue separar los párpados. No es que pesaran. La palabra más cercana a lo que sintió en un primer intento era «pegados». Sus párpados parecían cosidos físicamente. Cosidos por sus propias legañas secas.

Los fotones entraron por fin en sus ojos, aunque al principio no distinguía formas, solo manchas claras. Por miedo al dolor que acechaba, no se atrevió a mover más que los ojos para reconocer el terreno. Definitivamente no estaba muerto, a no ser que el limbo (o el infierno) consistiese en un reducido y sombrío agujero con música antigua como banda sonora. No quedaba claro dónde acababan las paredes y dónde empezaba el techo, pues allí no había aristas; todo era curvo, natural, como si hubiese adoptado el cuerpo de una ardilla y aquella fuese su madriguera. Solo tres cosas indicaban que por allí había pasado el ser humano: el altavoz que lo torturaba desde lo alto, una bombilla colgante de luz tenue y el papel de periódico que cubría las paredes.

No vio la puerta, camuflada a su derecha entre los titulares de prensa, hasta que se abrió con un chirrido.

Era un hombre de mediana edad, vestido con chinos grises y una camisa holgada de color *beige*. Su cabello, doctorado en alopecia, dibujaba una gran «M» en su fren-

te. Sus ojos pardos brillaban. No, eran más bien los cristales de unas gafas sin montura los que producían ese resplandor. Nada en ese hombre brillaba de forma natural. Habría sido difícil reparar en él en medio de una multitud. Pensó en el conserje de su urbanización, cuando pudo formar una primera impresión del hombre descolorido que acababa de entrar por la puerta.

Los labios del visitante se movieron. Pasaron unos segundos hasta que se percató de algo, con un gesto cómico. Inmediatamente llevó un dedo al reloj de la muñeca contraria, y la música cesó.

Benditos sean todos los dioses, reales o ficticios, del mundo conocido, agradeció al experimentar el placentero silencio.

Fuera estaba lloviendo. Podía oír el murmullo de una tormenta muy lejos. Su corazón se aceleró.

–Qué alegría, ya has despertado –dijo el hombre con cortesía.

Le llevó unos segundos romper la capa de saliva seca que sellaba sus labios, y preguntar con voz de ultratumba:

–¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

–Considérame un amigo.

–¿Qué es todo esto?

–Estás en un pueblo de Castilla. Bienvenido, Javier.

–Gris mostró su dentadura, en una expresión de emoción parecida a la que pondría un padre que está prometiendo a su hijo una visita al parque de atracciones.

Gris. Así es como Conde lo llamaría para sus adentros incluso después de conocer su nombre, como si aquel hombre fuese uno de los miembros de la banda de *Reservoir Dogs*.

La siguiente pregunta le salió sobre la marcha, sin pensar. Todavía pasarían semanas antes de que Gris le apuntara con una escopeta, pero en ese momento, nada más formularla, Javier Conde comprendió que estaba en un aprieto.

—¿Por qué no estoy en un hospital? Me muero de dolor.

—Soy médico. En ningún hospital van a sanarte mejor que aquí. —Gris se inclinó hacia la boca de Javier. Con los dedos, la mantuvo abierta en forma de embudo mientras con los de la otra mano introdujo un par de pastillas—. Esto te hará sentir mejor.

—¿Dónde está mi móvil? Tengo que llamar a mi familia.

—No llevabas encima ningún teléfono cuando te encontré. De todas formas, aquí abajo no hay cobertura. Pero descuida, yo me encargaré de informar a los tuyos de tu estado. Cuando mejores, podrán venir a verte.

El dolor menguó.

¿Estoy secuestrado? Era la pregunta que giraba en su cabeza como en un tiovivo con luces de neón, pero no tuvo agallas para formularla.

—¿Y mis cosas? —dijo en su lugar.

Casi ni respiraba. Eso era bueno. Con algo de suerte le daría un infarto allí mismo y se quedaría frito. Un final de partido dulce y rápido era algo a lo que no le haría ascos.

—Está todo dentro, en mi casa. ¿Acaso crees que voy a robarte?

Gris soltó un «jé» seco, pero Javier apenas lo oyó. Se quedó dormido antes de ver cómo abandonaba la habitación.

2

Soñó con la aguja, y todo resultó tan real que casi creyó poder alargar la mano y tomar el pincho como arma. Solo que no era una aguja, sino el colmillo de alguna bestia, y ahora un líquido viscoso goteaba de su punta.

Lo despertó Sinatra. Sufrió tal sobresalto que en un principio creyó que le habían reventado los tímpanos, pero no, era su corazón el que se había desbocado. De encontrarse sin tímpanos no habría estado a punto de romper a llorar como un mocoso, no por el dolor, sino por la consciencia de que escucharía esa puta canción hasta volverse loco. La posibilidad de perder el juicio era una idea que lo aterraba. Mucho más que morir, por muy doloroso que fuera su final.

Se notaba cansado. ¿Cuánto habría dormido? ¿Quince minutos? Gris ni siquiera iba a permitirle dormir, era estuendo. Una cosa había mejorado: no tenía ni idea de qué medicamento le había hecho ingerir ese psicópata, pero el dolor había menguado hasta convertirse en una leve molestia, unas simples agujetas tras un duro día de trabajo (como si él supiese lo que era eso).

Estableció una relación entre el colmillo venenoso de su subconsciente y el dolor. El dolor era el propio veneno, mientras que las pastillas eran el oscuro velo que cubría el colmillo y lo hacía desaparecer. Pero el veneno siempre estaría ahí, esa era la parte mala. Por mucho velo que ese hombre le proporcionara, se mantendría orbitando a su alrededor, esperando para morderlo.

Las cosas estaban a punto de empeorar aún más.

Al llevarse las manos a la cara, algo compacto y frío le golpeó el mentón. Javier siguió con la mirada la cadena metálica que iba desde el grillete que pesaba en su muñeca hasta una argolla anclada en el suelo. Si algún rincón de su mente todavía guardaba esperanzas de que aquello no era un secuestro, se acababan de despejar todas las dudas.

Allí abajo, sin ventanas ni relojes, y con la única iluminación que proporcionaba la bombilla, perdió la noción del tiempo. Y, con ella, el ritmo de su cuerpo. Para Javier solo había una referencia temporal: las píldoras.

Se las llevaba cada ocho horas. Anunciaba su presencia siempre de la misma manera: la música se detenía, golpeaba la puerta con los nudillos (como si necesitase el permiso de Javier para pasar), y entraba en el habitáculo con dos pastillas sobre la palma de la mano y una estúpida sonrisa dibujada en la cara. También estaba la palangana, que cambiaba a diario por otra limpia. En ese sentido Gris era un reloj, y Javier lo agradecía.

Unas veces, Gris vestía con chalecos de punto y olía a colonia barata, pero otras (Javier dedujo que por las noches), aparecía envuelto en una bata vieja y apestando a sudor.

Ocho horas no era suficiente, y Javier sospechaba que esas pastillas (en el futuro averiguaría que se trataba de un popular analgésico) no eran lo bastante fuertes. Sí, distraían al colmillo salvaje durante unos minutos, pero enseguida asomaba de nuevo y el palpitante dolor de la mano regresaba. Lo peor de todo era que *sabía* que el dolor lo estaba esperando, y no podía hacer nada para desprenderse de él.

—Ajá, esa mano tiene mala pinta —comentó Gris un día, mientras le daba de comer sopa de verduras—. Espero que

no te dé problemas para actuar.

Actuar. Eso sonaba a mundo real. La comida estaba mala de narices, pero el rostro de Javier se iluminó al recordar ese detalle de su vida. Le sobrevino una arcada cuando un grumo entró en su boca inesperadamente.

–¿Está mala la sopa? –se preocupó Gris–. Admito que es de sobre. La he comprado esta mañana en la tienda de abajo. Quería llevarme también unas pastas de manteca que son muy populares por aquí, pero ya no quedaban. Una pena.

–¿Cuándo voy a salir de aquí? –preguntó Javier, una vez superada la arcada.

–La recuperación es lenta.

–Mi familia estará preocupada.

Gris removió el caldo con la cuchara antes de acercársela de nuevo a la boca, pero no contestó.

–Porque... les has avisado ¿verdad? –insistió.

–Tengo la sensación de que no terminas de fiarte de mí –dijo Gris sin comprometerse, y desvió la mirada hacia la pared–. Te recogí cuando estabas medio muerto, te di un techo, comida y medicamento. –Le dirigió una mirada firme–. Me debes la vida, mi admirado amigo.

Las desalentadoras palabras de su captor, sumadas a la inestabilidad de su estómago, hicieron que la sopa erupcionase sin dar apenas tiempo a Javier a reaccionar. Vomitó en el suelo, y faltó poco para que salpicase a su captor. Dios mío, ¿cómo habría reaccionado en ese caso?

Gris soltó un exabrupto y se levantó. Antes de salir por la puerta, conectó a Sinatra de nuevo.

El estómago se retorció en su interior, debía de ser un efecto secundario de las pastillas. Intentó levantarse con ayuda de la mano sana, pero sus fuerzas no le daban ni para ponerse de rodillas.

Gris regresó con un cubo y una fregona. Esta vez no detuvo la música. Sin mediar palabra, se puso a limpiar el vómito como si Javier no existiera.

Si conseguía arrebatarle la fregona y darle en la cabeza con ella, tal vez, solo tal vez, podría dejarlo inconsciente. Si actuaba con rapidez y determinación quizá lo conseguiría. Y entonces quizá podría escapar.

Muy lentamente, intentó cambiar de posición, pero un pinchazo en la mano le hizo gemir.

–Yo no haría eso –leyó en los labios de Gris. Era como si supiera lo que había estado a punto de intentar–. Como esa fiera que tienes por mano se rebele, no habrá forma de amansarla. Y hasta dentro de siete horas no puedo darte más pastillas. Eso, siendo generoso.

Debería estar en un hospital y con la mano escayolada. O amputada, pensó Javier amargamente. Ojalá la tuviera amputada.

Pasaron unos días hasta que pudo lograrlo. Gris acababa de alimentarlo y no regresaría en varias horas.

Apretando los dientes, rodó sobre su cuerpo hasta conseguir sentarse. Después apoyó la mano sana, la que no estaba encadenada, en el suelo, y empujó para incorporarse. Se le escapó un grito agónico antes de apoyarse en la pared. Por lo visto también tenía la clavícula rota. A punto estuvo de ir a parar al suelo de nuevo, algo que, dadas las circunstancias, habría sido catastrófico. Fue al apoyar la frente contra el periódico que cubría la pared cuando lo vio. Siempre se había preguntado cuál sería la sensación del primer ser humano que se topara con un alienígena. Era una pregunta que le rondaba desde niño, cuando Abuelito lo llevó al cine y su cabeza casi explotó mientras huía con la teniente Ripley del abominable octavo pasajero a bordo de la Nostromo.

La fotografía con mucho grano del noticiero mostraba a un poeta de mirada brillante actuando sobre el escenario. Fue como observar un espejo, pues el hombre de la foto era él mismo interpretando al misterioso Erik. Incre-

dulo, dio un paso atrás y se percató de que esa misma página se repetía hasta lo absurdo, a lo largo, ancho y alto de la pared. Cuando leyó el titular, Javier Conde supo que estaba realmente jodido.